

Jochen Hellbeck

# Stalingrado

La ciudad que derrotó  
al Tercer Reich



Galaxia Gutenberg

© Matthias Stausberg

**Jochen Hellbeck** nació en Bonn (Alemania) en 1966. Es catedrático de Historia en la Universidad de Rutgers (Estados Unidos) y especialista en la Rusia del siglo xx. Su libro anterior, *Revolution on My Mind*, exploraba los diarios personales escritos en la Unión Soviética bajo Stalin. La edición alemana de *Stalingrado* ganó el Premio DAMALS al mejor estudio histórico del año. Hellbeck ha desarrollado una página web, [facingstalingrad.com](http://facingstalingrad.com), que muestra retratos y entrevistas realizadas a veteranos rusos y alemanes de la batalla de Stalingrado.

Stalingrado fue la batalla más feroz y letal en la historia de la humanidad, con una cifra de muertos estimada en más de un millón en apenas seis meses. Su trascendencia fue inmediatamente percibida por las autoridades soviéticas, que decidieron enviar una delegación de historiadores moscovitas con el fin de registrar para la posteridad las voces de los defensores de Stalingrado.

Mientras se libraba la batalla ningún corresponsal extranjero obtuvo permiso para viajar a Stalingrado. Este hecho, junto a la imposibilidad de acceder hasta fechas muy recientes a los archivos rusos, provocó que los numerosos estudios sobre la batalla de Stalingrado la presentaran a través de los ojos de los alemanes que quedaron atrapados en la ciudad.

Con la publicación por primera vez de las entrevistas recogidas en Stalingrado, que habían estado sepultadas hasta ahora en los archivos, este libro supone una gran aportación a la literatura sobre la Segunda Guerra Mundial. Y permite a los lectores imaginar a los soldados del Ejército Rojo y otros defensores de la ciudad como personas que piensan y sienten. Sus testimonios acercan al lector a la batalla y ofrecen una vívida descripción de las acciones, pensamientos y sentimientos de los participantes soviéticos que no es comparable a la de ninguna otra fuente conocida. También ayudan a entender algunas de las grandes preguntas sobre Stalingrado: ¿Cómo fue capaz el Ejército Rojo de imponerse a un enemigo considerado superior en planificación operativa, disciplina militar y técnicas de combate? ¿De qué recursos se valieron los defensores de Stalingrado para parar los pies a los invencibles alemanes que hasta ese momento habían tenido a Europa de rodillas?

El libro se complementa con fragmentos de cartas y declaraciones de los soldados alemanes hechos prisioneros por los soviéticos, todas inéditas hasta ahora.

Jochen Hellbeck nos ofrece la mejor y más completa narración de lo que fue la batalla de Stalingrado, ahora que se cumplen los 75 años de su finalización.



Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original en inglés: *Stalingrad. The City that Defeated the Third Reich*

(en alemán: *Die Stalingrad-Protokolle*)

Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez y Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: febrero 2018

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2012

© de la traducción: Alejandro Pradera y Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2018

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Imagen de portada: Un soldado del Ejército Rojo ondea la bandera soviética en la plaza de Stalingrado tras la reconquista de la ciudad, enero de 1943.

Conversión a formato digital: María García

ISBN: 978-84-17355-14-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Índice

1. La batalla trascendental
  - Una ciudad bajo asedio
  - Interpretaciones de la batalla
  - El ejército revolucionario
  - La ciudad de Stalin
  - La época de la preguerra
  - El ejército y el partido durante la guerra
  - Comandantes y comisarios
  - La política, de cerca
  - La estrategia del héroe
  - Buenos y malos soldados
  - Formas de combate
  - El pueblo en guerra
  - Historiadores de vanguardia
  - La comisión en Stalingrado
  - Las transcripciones
  - Principios editoriales
  
2. Un coro de soldados
  - El destino de la ciudad y sus residentes
  - Agrafena Pozdniakova
  - La División de Fusileros de Gurtiev en combate
  - «En la línea del avance principal»
  - El desembarco de Latoshinka
  - La captura del mariscal Paulus
  
3. Nueve relatos de la guerra
  - El general Vasili Chuikov
  - Alexander Rodímtsev, general de división de la Guardia
  - La enfermera Vera Gurova
  - Un teniente de Odesa: Alexander Averbuj
  - Alexander Gerasimov, comandante de regimiento
  - El instructor de historia: el capitán Nikolái Aksionov
  - El francotirador Vasili Zaitsev
  - Un simple soldado: Alexander Parjomenko
  - El capitán Piotr Zayonchkovski

4. Hablan los alemanes

Los prisioneros alemanes en febrero de 1943

Un diario alemán desde el *Kessel*

5. Guerra y paz

Créditos de las ilustraciones

Mapas

Agradecimientos

Notas

## 1

## La batalla trascendental

La batalla de Stalingrado –la más feroz y letal batalla en la historia de la humanidad– terminó el 2 de febrero de 1943. Con una cifra de muertos estimada en más de un millón, el derramamiento de sangre en Stalingrado superó con mucho el de Verdún, una de las batallas con un coste en muertes más alto de la Primera Guerra Mundial. La analogía con Verdún no pasó desapercibida a los soldados alemanes y soviéticos que lucharon en Stalingrado. En las descripciones del «infierno de Stalingrado» que hacían en sus cartas privadas, algunos alemanes se veían a sí mismos atrapados en «un segundo Verdún». Muchos defensores soviéticos ensalzaban a su vez Stalingrado, una ciudad con una sangrienta historia bélica previa, como su «Verdún Rojo», jurando no rendirla nunca al enemigo. Pero, como un corresponsal señaló en octubre de 1942 al informar desde Stalingrado, la ciudad asediada era diferente a la de Verdún: no tenía el diseño de una fortaleza y carecía de

fortificaciones o refugios de hormigón. La línea de defensa atraviesa tierras baldías y patios en los que las mujeres solían tender la ropa, las vías de un ferrocarril de vía estrecha, la casa en la que vivía un contable con su mujer, sus dos hijos y su anciana madre, así como docenas de casas parecidas y su ahora desierta plaza y destrozadas aceras, el parque en el que todavía este pasado verano las parejas se susurraban palabras de amor sentadas en sus bancos de color verde. Una ciudad donde reinaba la paz se ha convertido en una ciudad en la que reina la guerra. Las leyes de la guerra la han colocado en la línea del frente, en el epicentro de una batalla que determinará el resultado final de la guerra. En Stalingrado, la línea de defensa atraviesa los corazones del pueblo ruso. Tras sesenta días de lucha, los alemanes sa-

ben ahora lo que esto significa. «¡Verdún!», se mofan. Esto no es Verdún. Esto es algo nuevo en la historia de la guerra. Esto es Stalingrado.<sup>1</sup>

Durante los seis meses que duró, la batalla también se desarrolló como una guerra de los medios de comunicación mundiales. Desde sus mismos inicios, observadores de ambos bandos fijaron su atención en este choque de gigantes en el extremo de Europa, proclamándolo como un hecho que decidiría la Segunda Guerra Mundial. La lucha por Stalingrado se convertiría en «la batalla más trascendental de la Guerra», anunciaba un periódico de Dresde a primeros de agosto de 1942, justo cuando los soldados de Hitler se estaban preparando para la toma de la ciudad. El *Daily Telegraph* británico utilizó los mismos términos en septiembre. En Berlín, Joseph Goebbels leía los periódicos de los enemigos de Alemania sin pestañear. La batalla de Stalingrado, declaró el jefe de propaganda nazi en alusión a la prensa británica, era una «cuestión de vida o muerte, y todo nuestro prestigio, así como el de la Unión Soviética, dependerá de cómo termine».<sup>2</sup> A partir de octubre de 1942, los periódicos soviéticos empezaron a citar con regularidad artículos de prensa occidentales en los que se alababa el heroísmo de los soldados y civiles que defendían la ciudad frente a los deshumanizados combatientes alemanes. En los pubs de toda Inglaterra la radio se sintonizaba a la hora que empezaban las noticias de la noche y no se apagaba hasta que se había emitido el parte sobre Stalingrado: «Nadie quiere oír otra cosa», comentaba un reportero británico. «La gente solo habla de Stalingrado, nada más que de Stalingrado.»<sup>3</sup> Entre las naciones aliadas, la gente comentaba eufórica la actuación de los soviéticos en Stalingrado. Este sentimiento no solo reflejaba el espíritu de la alianza antifascista; también se debía al hecho de que los soldados aliados no podían ofrecer ninguna hazaña comparable: durante más de un año, el ejército británico había venido sufriendo una derrota tras otra.<sup>4</sup>

En noviembre, un contraataque soviético dejó atrapados a más de 300.000 soldados alemanes y del Eje en el caldero –el *Kessel*– de Stalingrado. Los medios de comunicación alemanes suspendieron de golpe los informes sobre la batalla y no los retomaron hasta finales de enero de 1943, cuando los líderes nazis se dieron cuenta de que no podían dejar pasar en silencio la derrota de un ejército alemán al completo. Su versión de la batalla fue la de una inmolación heroica de los soldados alemanes en la defensa de Europa contra un enemigo asiático superior. La propaganda del miedo, reforzada por el llamamiento a los ciudadanos alemanes a abrazar la guerra total, no funcionó del todo bien. La policía de seguridad alemana informó de que la gente hablaba de la última bala, la que guardaban para cuando «hubiera acabado todo».<sup>5</sup> Un alto cargo alemán tomó algunas precauciones especiales a raíz de Stalingrado: el jefe de las SS, Heinrich Himmler, visitó el campo de exterminio de Treblinka, al este de Polonia, a principios de marzo de 1943. De inmediato, ordenó a las autoridades del campo exhumar todos los cadáveres de los 700.000 judíos que habían sido asesinados allí y cremarlos.<sup>6</sup> Durante los meses que transcurrieron desde entonces hasta el cierre de Treblinka, los trabajadores del campo llevaron a cabo esta macabra tarea mientras continuaban matando a escala reducida. La orden de Himmler obedecía a la clara conciencia de que el momento de ajustar cuentas con Alemania estaba próximo.<sup>7</sup> Aunque todavía faltaba año y medio para que el Ejército Rojo liberara los campos de concentración de Polonia, la batalla del Volga trastocó la mortal maquinaria nazi. De modo que el periódico de Dresde acertó, si bien por razones equivocadas: Stalingrado marcó un punto de inflexión en la historia del mundo.

Mientras la batalla se estuvo librando, ningún corresponsal extranjero destinado en Moscú obtuvo permiso para viajar a Stalingrado. Las herméticas y recelosas autoridades soviéticas esperaron hasta el 4 de febrero de 1943 para dejar entrar a una primera tanda de reporteros internacionales –británicos, estadounidenses, franceses, checos y chinos.<sup>8</sup> Entre ellos se encontraba Paul Winterton, que transmitió esta información para la BBC:

Las calles de Stalingrado, si podemos llamar así a los espacios abiertos que quedan entre las ruinas, todavía muestran todas las huellas de la batalla. Están los habituales restos de cascos y armas tirados por el suelo, los montones de munición, papeles revoloteando por la nieve, libros de bolsillo de los alemanes muertos y cuerpos destrozados, tendidos en el mismo sitio donde cayeron o apilados en grandes montones, congelados, esperando a ser enterrados. Stalingrado nunca podrá reconstruirse. Tendrá que ser levantado de nuevo. Pero aunque todos sus edificios han sido reducidos a ruinas, todavía queda vida allí. A lo largo de esa estrecha franja de cemento que los rusos mantuvieron durante los largos meses de asedio, se extiende una ciudad de refugios, refugios ocupados por los soldados que aún no se han marchado y por unas pocas mujeres que se quedaron a lavar y cocinar para esos hombres. Entre ellos hoy se vive un verdadero ambiente de fiesta. Nunca antes he visto unos hombres y mujeres que parezcan sentirse tan orgullosos. Saben que han cumplido una misión extraordinaria, y que lo han hecho bien. Su ciudad ha sido destruida, pero ellos han derrotado al invasor a base de un tesón y un valor inquebrantables. Estos hombres y mujeres han luchado y trabajado durante meses, de espaldas a un río que habían jurado no cruzar en su retirada, enfrentándose a un enemigo situado en el único alto desde el que se dominaba la ciudad y que les atacaba con bombas y morteros, incesantemente, de día y de noche. Pero sus pies se mantuvieron firmes sobre su estrecho asidero, sin resbalar en ningún momento.<sup>9</sup>

Winterton abría su artículo con una vista panorámica de la ciudad y del detritus de la guerra, y pasaba a continuación a lo que más le interesaba a él y a otros periodistas: los defensores de Stalingrado. Para Winterton, había sido «el tesón e inquebrantable valor» de los rusos lo que había decidido el resultado de la batalla; Alexander Werth, un reportero del *London Times*, celebraba los «extraordinarios

[...] logros individuales» de los soldados del Ejército Rojo, y para el corresponsal del *New York Times*, Henry Shapiro, Stalingrado simbolizaba el «triunfo del hombre sobre el metal», de los hombres soviéticos sobre el metal alemán, para ser exactos.<sup>10</sup> Pese al valor de estos reportajes como depositarios de imágenes y emociones de la guerra, no dejan de ser un tanto superficiales y sesgados. Los corresponsales extranjeros solo pudieron realizar un breve recorrido por Stalingrado, ya que de lo que sus guías soviéticos tenían de verdad ganas era de llevarles ante los generales alemanes capturados, más que de que hablaran con ciudadanos soviéticos.<sup>11</sup>

Los periodistas que visitaron el campo de batalla en febrero de 1943 no sabían que más de un mes antes, una delegación de historiadores moscovitas había iniciado un proyecto a gran escala dirigido a dejar registradas para la posteridad las voces de los defensores de Stalingrado. Pertenecían a la Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica, fundada por Isaak Mints, un catedrático de la Universidad Estatal de Moscú.

Los historiadores llegaron a Stalingrado a finales de diciembre de 1942 e iniciaron su tarea el 2 de enero de 1943. Visitaron varios lugares a lo largo de la línea del frente que recorría la ciudad sitiada: las acerías situadas al norte, el puesto de mando del general Vasili Chuikov, el asentamiento de Beketovka en el extremo sur de Stalingrado. En las trincheras y los búnkeres hablaron con comandantes, oficiales y soldados del Ejército Rojo. Un estenógrafo que les acompañaba transcribía las entrevistas. Los historiadores tuvieron que abandonar Stalingrado el 9 de enero, un día antes de que el Ejército Rojo comenzara su ofensiva final, y regresaron en febrero para retomar su tarea, pocos días después de que los alemanes se rindieran. Durante las semanas y meses siguientes llevaron a cabo muchas entrevistas individuales, llegando a recopilar 215 relatos de testigos presenciales: generales, oficiales de Estado Mayor, jefes de

sección, simples soldados rasos, comisarios políticos, agitadores, marineros de la Flotilla Militar del Volga, enfermeras y varios civiles –ingenieros, obreros y un cocinero, entre otros– que habían trabajado en la ciudad arrasada por las bombas o simplemente luchado por sobrevivir allí.

Sus entrevistas acercan al lector a la batalla y ofrecen una vívida descripción de las acciones, pensamientos y sentimientos de los participantes soviéticos, que no es comparable a la de ninguna otra fuente conocida. En ellas los soldados se expresaban con espontaneidad sobre sus vidas y hacían descripciones detalladas y elocuentes (algunos en su lengua vernácula) con la inmediatez de una grabación de audio. Los entrevistados hablaban de sus lugares de nacimiento, de cómo habían acabado en Stalingrado, y de la tarea que habían desempeñado allí. De forma franca y en primera persona, con autenticidad y todo tipo de matices, describían momentos de terror y de euforia, comentaban las fortalezas y debilidades del mando militar soviético, presumían de los honores que habían recibido, y relataban actos de heroísmo y de cobardía. Estas entrevistas son también únicas porque muchos de los participantes lucharon codo con codo y se refieren unos a otros por sus nombres. Consideradas en conjunto, las entrevistas transmiten una unidad de lugar, tiempo y acción como solo puede encontrarse en la literatura.

Los historiadores llevaron a cabo su trabajo sistemáticamente. En algunos casos entrevistaron a docenas de miembros de una misma división: el comandante, el representante político, oficiales de Estado Mayor, jefes de regimiento, mandos de compañía y la infantería. Entre ellos se incluían veinticuatro soldados de la 308.<sup>a</sup> División de Fusileros, una unidad que sufrió importantes pérdidas al noroeste de la ciudad antes de ser reasignada a Stalingrado para proteger la fábrica de municiones Barricadas. Los historiadores también hablaron con ingenieros a cargo de la planificación y reconstrucción de la fábrica siderúrgica de Octubre Rojo, y

con más de veinte soldados de la 38.<sup>a</sup> Brigada Motorizada de Fusileros que capturó al general Paulus y al resto del Mando del 6.<sup>o</sup> Ejército. Vistas en conjunto, todas estas perspectivas individuales entretajan una imagen polifacética de los soldados que participaron en la batalla. Junto con este sorprendente nivel de detalle, las transcripciones revelan esferas de experiencia compartida y esclarecen –con gran credibilidad– cómo funcionaba el Ejército Rojo como fuerza de combate. La sinceridad y la complejidad de las entrevistas de Stalingrado, no obstante, decidieron su destino. Los historiadores no consiguieron obtener la aprobación de los censores del Estado para su publicación durante la guerra, y los documentos que reunieron quedaron más adelante sepultados en los archivos.<sup>12</sup> Aquí se ofrecen en español por primera vez.

Al igual que los periodistas que visitaron Stalingrado a principios de 1943, los historiadores del equipo de Isaak Mints se sintieron atraídos por los defensores de la ciudad. En su testimonio esperaban encontrar respuestas a la pregunta que observadores de todo el mundo se hacían: ¿cómo exactamente había sido capaz el Ejército Rojo de imponerse a un enemigo considerado superior en planificación operativa, disciplina militar y técnicas de combate? ¿De qué recursos se valieron los defensores de Stalingrado para parar los pies a los invencibles alemanes, que hasta ese momento habían tenido a Europa de rodillas? Estas preguntas han tenido ocupados a los investigadores hasta el día de hoy. El tema más controvertido probablemente es el que tiene que ver con la motivación de los soldados del Ejército Rojo en Stalingrado. ¿Actuaban libremente o fueron coaccionados, incluso a punta de pistola, para entrar en batalla? ¿Se apoyaban en valores tradicionales rusos o más bien específicamente soviéticos? ¿Hasta qué punto pesaba en la voluntad de los soldados el amor a la patria, el odio al invasor y la devoción por la figura de Stalin a la hora de luchar y morir? Las entrevistas realizadas durante la guerra en

las que se basa este libro proporcionan respuestas interesantes y en ocasiones sorprendentemente nuevas a estas preguntas.

Con este coro de diferentes voces soviéticas de la guerra como protagonista, este libro permite a los lectores imaginar por primera vez a los soldados del Ejército Rojo y otros defensores de la ciudad como personas que piensan y sienten. Dando presencia a estas voces, el libro representa una gran aportación a la literatura sobre la Segunda Guerra Mundial que, en parte por la falta de acceso a documentos personales, retrata al Ejército Rojo como una maquinaria despersonalizada y a menudo se alimenta de tópicos sobre «el soldado ruso» carentes de una base real. El libro también sirve de contrapeso a los numerosos estudios sobre Stalingrado que en gran medida presentan el choque a través de los ojos de los alemanes que quedaron atrapados en la ciudad. En cambio, las entrevistas de Stalingrado muestran con apasionante detalle cómo y desde qué posición entendieron la batalla los ciudadanos rusos.

El primer capítulo presenta el contexto histórico para que los lectores puedan comprender mejor las transcripciones generadas por la comisión enviada por Mints. Comienza ofreciendo una panorámica de la batalla y el tratamiento que le han dado los historiadores, seguida de una breve historia del Ejército Rojo y la sociedad soviética que culmina con la guerra. A continuación analiza los acontecimientos políticos y militares del Frente de Stalingrado a través de una lente microscópica. El capítulo también presenta la creación de la Comisión Histórica, sus objetivos y sus métodos, y su viaje a Stalingrado. Termina con un comentario sobre las entrevistas incluidas en este libro y la forma de presentarlas.

Estas entrevistas fueron conjuntamente preparadas para su publicación entre el Instituto de Historia Alemán de Moscú y la Academia de Ciencias Rusa. Bajo mi dirección, un reducido equipo de historiadores pasó dos años inven-